

# Calgary

**ROBERTO BRAVO**

**C**algary es distinta de la industriosa Toronto, tiene un millón de habitantes y es sinuosa, con subidas y bajadas que se convierten en prados verdes en verano. Por las casi veinticuatro horas de viaje que llevaba cuando vi la ciudad sentí paz. Sin las pretensiones faraónicas del de Toronto, el aeropuerto de Calgary, es de buen gusto, hace que uno se perciba entre humanos, sus pisos alfombrados y de baldosas, sus fuentes, sus comercios, sus detalles ornamentales, restaurantes y demás lo hacen confortable.

Al ir a recoger los equipajes se manifestó uno de los valores que más aprecio de una persona, lo vi en los ¿canadienses? que me acompañaban: Mientras esperábamos a que la banda sinfín que traía nuestras maletas, ésta se atoró y pasaron más de quince minutos para que volviera a circular, nadie de los presentes hizo un gesto de apuro, algunos comentaron con pequeñas sonrisas lo que ocurría, alguno buscó un timbre para sonar una alarma pero todos esperamos a que la señal de problemas del sistema lo anunciara, y al poco rato la banda volvió a circular. Sólo quienes han enfrentado la adversidad pueden en incidentes sin importancia, como el que padecíamos, adoptar una actitud apropiada, así me lo pareció y esta actitud la vi también en los habitantes de Banff, tan respetuosos de la convivencia social.

Eran la dos de la mañana en Calgary con mi maleta arrastrando busqué el shuttle que me llevaría a Banff según me dijeron en México:

Están ahí luego de que te entreguen el equipaje, cobran 30 dólares.

No estaban ahí luego sino un poco más allá, pero ahí estaban.

Al llegar al aparador sólo vi el cartel con el anuncio de las corridas, la primera del día saldría a las 9 de la mañana. Pensando que siete horas era mucho esperar, busqué en los aparadores siguientes algo o alguien que me pudiera llevar y me encontré con Rima. Rima era una joven hindú de rasgos árabes que hablaba por teléfono cuando me acerqué a ella para preguntarle. Me explicó que a esa hora ya no había corridas sino hasta por la mañana, que sólo había taxis y cobraban a Banff 150 dólares. Saqué cuentas mentalmente y deduje que pagar un hotel y el pasaje me saldría más caro, así que acepté. Buscó taxis y no encontró pero me dijo que había un servicio especial que me llevaría por el mismo precio. Salimos del aeropuerto para que lo viera –eran automóviles de lujo– el chofer hindú me cobraba 180 dólares, mismos que me negué a pagar y regresé con Rima a quien pregunté por el precio de los hoteles: entre 200 y 300 dólares me respondió. Al darme cuenta que mi dinero no me permitía ese lujo, me mostré impotente y le pregunté ¿qué hago? Una Rima impasible me aconsejó que me quedara en el aeropuerto hasta la mañana. Y me acompañó a una sala de espera donde un negro dormía en un asiento colectivo, un anglosajón más allá lo hacía en otro, y tres japoneses hablaban entre ellos comiendo. Si en los cuentos para niños los espíritus bienhechores se aparecen a los personajes buenos de la historia para ayudarlos, esa noche Rima fue mi hada madrina.

A mi lado había un aparador de lentes para sol de marcas de prestigio, repasé cada uno de los modelos de los diseñadores y los vi tan parecidos unos con otros que me resultó ocioso pensar en un estilo para cada uno de ellos. Busqué sus precios y las etiquetas estaban escondidas. Pasé una hora observándolos. Estaba muy cansado pero tratar de dormir en aquellos asientos hubiera sido para mí una pérdida de tiempo.

Encontré en el aparador un periódico abandonado y me senté a leerlo. El artículo principal mostraba el problema: The home-lees (hombres sin hogar) y el periodista destacaba tres causas como productoras del fenómeno: El desempleo, la drogadicción y el alcoholismo, y el divorcio. Cada vez son más, decía el articulista, y se les ve pernoctar debajo de los puentes y por lo túneles. Busqué al negro y al anglosajón que dormían cuando llegué y ya no estaban.

Comparé los precios de un catálogo canadiense con los precios de los mismos artículos en México. El resultado fue que en México eran más baratos algunos y otros tenían el mismo precio.

Dormí por minutos y cuando despertaba creyendo que ya sería la mañana había pasado únicamente media hora.

Nunca volteo tras de mí aunque siento que el mundo está desmoronándose a mi espalda, puede que sea mi miedo a enfrentarme con eso precisamente. Esa madrugada, en el silencio de la sala, escuchando a lo lejos solamente el ruido de las turbinas de los aviones sentí una presencia a mis espaldas, a pesar de que momentos antes los japoneses se habían marchado volté y vi a un hindú de seguridad del aeropuerto en total recogimiento orando con los ojos cerrados, era tal su arrobamiento que lo vi como un instrumento sagrado, su presencia desprendía un sentimiento inviolable, el origen de la última pregunta que un humano puede hacerse, aquello que no es posible describir: la respuesta y su pregunta en un nicho que sólo se muestra así mismo; participar de ese instante hizo avergonzarme: ¿Tenía derecho de apropiarme de algo tan íntimo? No había percibido antes tal espiritualidad y me sentí lleno de ese vacío que colma un acto místico.

Frente a mí había una fuente que empezó a funcionar a las seis de la mañana y atrás de ella, en un muro que levantaron con piedras de las rocallosas, la escultura de un alpinista subía por la pared dándome la espalda, me pregunté por lo que encontraría ese hombre en la cima de la montaña de ser real, y pensé en la noche. Nada, no encontrará nada, me respondí, todos los caminos llevan a ese mismo lugar que es uno y ninguno y sentí deseos de llorar.

Más tarde los ruidos de la vida, del mundo, penetraron la estancia, había más gente sentada esperando. Los empleados de seguridad, limpieza y otros servicios eran ejecutados por hindúes y un café empezó a funcionar.

En el aeropuerto de Calgary como en la casa de los adinerados, cuando nadie está, la servidumbre, los encargados de la limpieza siempre descubren un tesoro al realizar su trabajo. Desde mi asiento colectivo vi pasar a cuatro afanadoras de rostros ajados, con su ropa e instrumentos de trabajo dirigirse a su labor alegres como si fuesen a un paseo con sus amigas.

El sueño quiere vencerme, no me he dejado aunque me dijeron que los canadienses son honrados y creo que lo son (aunque no confiables) siento temor. La luz que ilumina es gris, fría, artificial, y los sonidos que se escuchan son de las máquinas.

Mi ánimo era una combinación de cansancio y excitación, estaba agotado por el viaje y la noche sin dormir y excitado porque me faltaban pocas horas para llegar a Banff. Ese estado y andar solo me hacía perceptivo y tan analítico que cualquier estímulo producía una cercanía, me acompañé de esas pequeñas luces que los demás emiten a cada instante y que sólo a ellos pertenece. Fui a un servicio de comida rápida, siempre hay sandwiches y los sirven insípidos para que las personas le pongan la sal a su gusto. Me atendió una mujer gorda, nerviosa, solícita y complaciente. Tenían sus actos la intención de hacer las cosas bien y con rapidez y conmigo lo consiguió. En ese sitio quien cobraba era el mismo que preparaba lo que pedías, pero antes se ponía guantes de latex. Después de quedar repleto de pan, lechuga, un poquito de queso, otro poco de pavo, acompañados de una manzanita; busqué el aparador de los shuttles (transporte de enlace de una ciudad con otra; son pequeñas camionetas de no más de ocho o quince pasajeros) y me alejé escuchando la voz nerviosa, potente y sarcástica de la mujer que me había atendido. Desde mi nuevo asiento colectivo frente a los transportes escuché las tres formas que tenía de reírse. En el local había otros dos empleados más los clientes, pero aunque no hubiera habido otro más que ella, la gorda hubiera hablado lo mismo, era ansiedad por no estar sola lo que sentía, y cuando no la llenaba preparando una baguette, hablaba, hablaba y reía dirigiéndose a un interlocutor inexistente porque en ese negocio los otros dos empleados andaban en lo suyo y en el tiempo que estuve pendiente de su monólogo, jamás obtuvo una respuesta de nadie. La primera de sus risas era un monosílabo, un ¡ja! como de amenaza, un ¡ja! de ya te agarré y no te escaparás. La segunda risa y más recurrente era la del que se ríe nervioso de lo que está diciendo, la risa del gracioso que piensa que lo que dice los demás lo siguen y están festejándolo. La tercera era una risa concluyente, de quien por fin termina su discurso y el desenlace forzosamente causa risa: “El muy estúpido creyó que era más listo que yo, ja ja ja ja ja ja,” etcétera. Siguiendo la perorata interminable de aquella mujer me entretuve hasta que llegó el al parecer

jefe de la oficina de los shuttle y por mi falta de comprensión del inglés empezaron los malentendidos.

El tipo me cayó mal de entrada porque cuando le pregunté por la primera corrida me señaló el cartel con los horarios como si siempre los tuvieran actualizados, le pedí un boleto para la salida de las nueve de la mañana y le entendí de lo que me respondió que si quería una reservación, le dije que sí, que si era necesario reservarlo antes de salir que estaba bien. Me preguntó mi nombre y se puso a escarbar en su computadora, después de un tiempo me pidió mi tarjeta de crédito y buscó mi nombre. Después de un rato me dijo que no tenía ninguna reservación, pero me daría un boleto.

-Si, -contesté.

El tipo se quedó viéndome serio y me preguntó si lo pagaría con tarjeta de crédito. Le respondí que no, que en efectivo. Me vio otra vez más serio:

-Son \$50.70 dólares.

En México me habían dicho que cobraban treinta y Rima que veintidós. Reclamé y le dije los precios que debía cobrarme.

-Quién le dijo eso, preguntó.

Señalé en la puerta a una persona invisible.

Sonrió y me dijo que no, que el precio era ése.

Resignado saqué el dinero y pagué.

Me pidió el equipaje, después de guardarlo dijo que me veía ahí mismo al diez para las nueve y lo que hice yo fue irme a los asientos colectivos que estaban frente a su negocio, saqué mi computadora e intenté escribir algo, al no lograrlo, me concentré en la gorda de la comida rápida y la seguí escuchando.

Al no tener otro pasajero ese hombre y yo nos fuimos platicando porque me senté en el asiento delantero. Al salir hacia Banff por las limpias y ordenadas calles de Calgary, al ver sus colinas de pasto verde como las de Georgia O'Keefe y la amplitud del cielo sentí que estaba en el Canadá que había imaginado. A lo lejos las rocallosas se manifestaban como una lejana empalizada y cuando pasamos por las instalaciones olímpicas para los juegos de invierno me di cuenta que fue poco lo que los canadiense gastaron en ellas, los escenarios naturales son tan propios para esos juegos que apenas unas cuantas casetas encima de las colinas tuvieron que construir. La carretera por la que íbamos era de dos carriles bastante anchos y en ningún momento nos cobraron peaje. Esta misma carretera, dijo mi acompañante, atraviesa todo el país y en ningún momento le cobrarán. 🚗

